



Martes 28 de Enero de 1868

MONTEVIDEO

Año III núm. 560

La Tribuna

Editor responsable—Joaquín Blázquez

Diario político y noticioso de la tarde

ADMINISTRACION—Calle del 25 de Mayo, No. 89

SUSCRIPCION
PAQUETA ADELANTADA
Por seis meses 60 centavos.
El número suelto 4 centavos.

ALMANAQUE
Mañana miércoles, 29—Santos, Francisco de Sales y Constantino, obispos.

LA TRIBUNITA

MONTEVIDEO, ENERO 28 DE 1868

Revista de la prensa

El diario oficial, aparece, hoy sin, decreto ni disposición alguna del Gobierno. Publica la revista política de la quincena para el exterior, y un artículo de contestación a otro aparecido en *El Siglo* de ayer, con motivo de la guerra con el Paraguay.

Contiene además una carta de Héctor E. Virela, un editorial sobre la inmigración, una correspondencia de la Unión y otra muy extensa de Buenos Aires, en que se insertan los documentos oficiales que se han publicado con motivo de los últimos acontecimientos de la vecina República.

El Siglo publica también la revista de la última quincena, y a continuación, correspondencias de Tuyu Que y Mercedes, como también varias noticias de la República Argentina.

Las Noticias reproduce en su parte editorial un artículo publicado por *El Siglo* acerca de la "incomunicación" con la campaña.

Contiene además la revista comercial para el puerto de Southampton.

El Teógrafico Marítimo se ocupa de las mejoras navales a nuestro puerto y publica noticias de diversos puntos.

La Comisión de Salubridad.

Hemos tenido ocasión de ver, minuciosamente, los detallados libros que la Comisión de Salubridad lleva del cometido que le está confiado. No creamos, francamente hablando, que la Comisión de Salubridad estuviese colocada en una tan elevada altura, y siendo justos, no podemos menos que tributar al señor Mac-Coll un merecido elogio. En dicha Comisión se tiene un estado minucioso de las causas que existen en Montevideo, detallando el estado de limpieza, en que se encuentran, las que tienen o no inodoros, y todo aquello, por fin, conduciendo al mejoramiento de salubridad y evitación de los focos del desarrollo, en la epidemia. La Comisión de Salubridad ha previsto, puede decirse, todas las cosas que, absolutamente hablando, a su cometido le incumben.

No acostumbramos, por carácter, sino hacer justicia a quien la merece, y si hablamos en este sentido es porque, nadie ha querido hacer un intérprete fiel y justo de los servicios que aquella Comisión presta, muy particularmente en este momento en que el Director concentra toda su atención a atender la influencia insalubre que desgraciadamente reina en esta capital.

Todos los libros de la repartición de salubridad están a disposición de todos aquellos que quisieran verlos, rogando por otra parte muy particularmente a aquellos que directamente dirigen inus-

tales ataques a la Comisión, que sean capaces de lo que dejamos consignado, pues tenemos por cierto que ellos, como nosotros, sabrán reconocer el mérito en los trabajos que la Comisión de Salubridad ha ejecutado por lo que, que sus facultades han llegado.

Concluiremos tributando un merecido aplauso al señor Mac-Coll y alentándole en su trabajo cometido.

VARIETADES

El hijo del doctor

—Concluye—
Dios mío! gritaba la niñera de Carlos, la buena señora acaba de recibir una carta de Italia en que le dicen que su marido ha muerto peleando en Magenta. ¡D pronto a buscar al doctor Sillon!

El arrendatario, que vivía con su mujer a la parte de atrás de la casa, contestó con un gruñido que podía significar o mismo simpatía que disgusto, y se retiró a concluir de vestirse para salir en busca del facultativo.

El caballero Luciano huyó de su escondite, como si fuera un asesino.

—Uno, murmuró entrando en su cuarto y arrojándose en la cama, bañado de sudor frío.

Esta noche no veré a mi padre, mi estrella ha brillado al fin. ¡Ira de Dios!

—Qué querría decir el hijo del doctor con esta exclamación?

A la mañana siguiente, a la hora del almuerzo, encontró en la mesa una carta de su padre que decía:

—Mi querido hijo: Sigo con la señora de Salière para las ruinas de Tirolo.

El día estará un poco ventoso, pero seco y agradable, y no dudo que el aire del mar será provechoso para el niño.

Ni una palabra sobre Enrique. El joven Luciano apenas hizo alto en esta omisión.

—Dando a un lado las ruinas del castillo de Tirolo, el doctor y madama Salière ganaron la rivera, en la que el mar había sus aguas fuertemente.

—Descansemos en aquel bote, dijo la señora de Salière señalando a uno viejo que estaba casi enterrado en la arena.

—Como gustéis, replicó el doctor ayudándole a entrar en él.

—¿Dónde está Carlos? preguntó la dama.

—No le está seguro, señora.

—Carlos! Carlos! gritó la madre. El rugido del mar y el silbido del viento fueron los únicos que contestaron.

—Carlos! Carlos! Ah! Dios mío! exclamó saltando en la arena y echando a correr como una loca. Carlos! Carlos!

Esta vez se oyó el sonido de un tiro.

—El es, señora, calmaos.

En aquel momento dos pescadores aparecieron trayendo el cuerpo, al parecer, inanimado, del niño. Los dos hombres se detuvieron y la señora de Salière, dando un grito desgarrador, cayó sin sentido sobre la arena.

agua. Nos acordamos del hombre y quedamos al niño. Al amanecer Carlos volvió en sí y abriendo los ojos echó en derredor una mirada estraviada.

—Conoceis al hombre? preguntó el doctor.

—No, señor.

—¿Lo habéis delado escapando?

—No, señor, está en poder de nuestros camaradas.

La relación de Carlos fue como sigue: Corriendo en busca de conchas, vio una pagoda en una roca suspendida sobre la ensenada, de que habíamos hablado los pescadores.

Que tratando de desasgarla se le cayó un pie y cayó en el agua, y que al tratar de salir, recibió un golpe que con el baston le dio el caballero Luciano haciéndole perder el sentido.

El desgraciado padre no pudo escuchar estas terribles palabras que condenaban a su hijo como un asesino, y cayó en el suelo sin vida.

El hijo del doctor supo en su prisión que las palabras que escuchó en el seno, proferidas por la niñera, habían sido una equivocación de ésta que habían confundido el efecto de la alegoría por el dolor. Enrique de Salière no había muerto; lo que había sido era, que había tomado una parte muy activa en la batalla de Magenta y había salido victorioso.

Una fuga del harem.

Hace poco tiempo una esclava, circasiana, huía del harem de Latif-hajá, en Alejandría de Egipto, y se refugiaba en el consulado de Prusia.

La esclava se había escapado de su puerta, y creía haberse dirigido al consulado de Rusia, su único y verdadero asilo.

Sin embargo, el vice-cónsul, como caballero, no dejó de tomar la defensa de la fugitiva. Dió parte al prefecto de policía de Alejandría de lo que acababa de pasar, le recordó que al atravesar el umbral del consulado, la esclava, según los términos de las capitulaciones, había recobrado su libertad, y le pidió para ella una carta de emancipación.

Como era de prever, el prefecto de policía egipcio se negó a ello, sobre lo cual el vice-cónsul prusiano consultó a su cónsul general.

El gerente del consulado general, a falta del cónsul ausente, salió al punto con dirección al Cairo, reclamó, exigió, amenazó, y al fin obtuvo que se diese la carta en cuestion.

Pero esta no debía entregarse sino a la esclava, en persona, que con este fin habían de conducir a la prefectura de Alejandría.

El agente prusiano no vio en esta exigencia más que una cuestión de pura fórmula a la que suscribió gustoso, y para sus órdenes, la circasiana fué llevada a la zapté.

El turco cumple su palabra. La carta de emancipación fué entregada en efecto a la protegida del cónsul de Prusia, mas apenas la joven se disponía a salir de la prefectura, cuando una mano brutal cayó sobre su hombro, y a instancia de Latif-hajá la detuvo como acusada de robo.

El turco, y la llevó a la cárcel, en donde está y de donde no saldrá probablemente sino para volver al harem de Latif-hajá.

El gerente del consulado general de

Prusia protestó energicamente, como es de suponer, y en su justa ira no tuvo en consideración con el prefecto, lo trató según merecía y le cambió las verdades.

El prefecto no respondió palabra.

—¿Cuanto a la población europea de Alejandría, parece ser que está acostumbrada a tales incidentes. Todos dicen que si el gerente de Prusia hubiese tenido más experiencia y práctica de lo que pasa en el país, no habría caído en una trampa tan visible. En vez de mandar a la circasiana a buscar su carta, habría ido él solo.

De todos modos, el gerente de Prusia, avergonzado y mortificado, siguió protestando y pidió categóricamente y a título de satisfacción que se le entregara la esclava, sin perjuicio de abandonarla después a la jurisdicción criminal egipcia; en cuanto hubiese recibido el proceso donde debían constar las pruebas del robo.

Nada más razonable. El prefecto se dignó contestar, y el asunto parecía como tantos otros de igual clase, que iba a caer en el olvido, cuando de repente la intervención del cónsul de Inglaterra le hizo

hecho tomar singular, es, proporciones.

No se sabe cómo ni por qué, el agente británico ha escrito al ministro de Negocios extranjeros del virey, que se ha hallado al corriente de lo que acababa de pasar, que consideraba como muy graves los enojos causados al cónsul de Prusia, que por esta aconsejara al virey que le contestara con prontitud satisfacción, que su paso actual era un oficio, pero que si no se hacía caso, haría oficialmente, y que entonces no respondería de sus consecuencias.

Este tono y esta singular actitud del cónsul inglés han sorprendido mucho al virey, y parece ser que Ismail-hajá ha querido dar una prueba pública de sorpresa y lo ha hecho con una finura un tanto trónica. Eligió por árbitro entre su prefecto de policía y los cónsules de Inglaterra y de Prusia, al cónsul general de Rusia, es decir, al principal, sino al único interesado en este asunto de la circasiana.

El cónsul de la Gran Bretaña se sonrió al ver esta elección y mantuvo su amenaza insistiendo más en ella, y entonces el virey, más y más sorprendido, se puso a mirar en su derredor y vió.

—¿Qué ha visto, pues?

Ha visto el Egipto casi ocupado militarmente por los soldados ingleses, que se han aprovechado ampliamente de las debilidades de su expedición a Abisinia. Estos hábiles soldados han tomado poco a poco posesión de toda la frontera egipcia, han edificado en ella sus hospitales y cuarteles, instalado sus establecimientos militares de todo género, y no a la ligera, sino sólidamente, como personas que se instalan de un modo definitivo.

Otra cosa vió también. Vió a estos mismos soldados atravesar continuamente el país en todos sentidos, bajo pretexto de alistarlos; Entonces se preguntó si aun estaba en su casa y comprendió por fin lo que significaban las exigencias cada vez mayores de la Inglaterra.

Pero ¿es que está abierta ya la sucesión del Imperio turco? y la expedición de Abisinia no oculta para la Inglaterra más que una toma de posesión del Egipto?

